

LA PROMESA LATENTE DEL SIGLO XX

Por: Luana

Categoría: Texto largo

Resumen

Este ensayo se propone resaltar en el papel del artista el poder de transformación. Se analiza la posibilidad de reconocer en el mismo al *hombre nuevo*: el hombre ideal que habría sido la esperanza del siglo XX. Para analizar esta posibilidad, se ha tomado como referencia el libro *El siglo* del filósofo francés Alain Badiou, tomando particularmente el concepto de destrucción expuesto por el autor: Es necesario destruir para crear. Obsesionado por lo real, después de encontrar como imposibles las promesas cartesianas del siglo XVII, el siglo XX se muestra como un siglo de destrucción encaminada en la búsqueda de un hombre nuevo, y aunque tal búsqueda nunca arrojó resultados concretos, este ensayo pretende identificar en los artistas e intelectuales del siglo XX visos de aquel hombre ideal. Se hace este análisis acercándolo al contexto colombiano específicamente.

Palabras clave: Arte, destrucción, creación, violencia, hombre nuevo, Colombia.

Introducción

En el análisis desarrollado por Badiou en el libro *El siglo*, más que exponer los grandes acontecimientos del siglo XX, el autor busca entender cómo se pensaba; qué pensó el siglo para actuar de la forma en que lo hizo (14). El siglo XX fue marcado mundialmente por acontecimientos violentos en donde se destacan dos guerras mundiales. Un siglo donde el crimen, la muerte y la tortura han estado presentes; ha sido este el siglo de la guerra “Lo cual no quiere decir únicamente que está lleno, hasta nuestros días, de guerras feroces, sino que ha estado bajo el *paradigma de la guerra*” (54). Pero para Badiou sin lugar a dudas, la principal caracterización del siglo ha sido *la pasión de lo real*, pasión desarrollada en vista de la imposibilidad de cumplir las promesas del siglo XIX. “El siglo

XIX anunció, soñó, prometió; el siglo XX por su parte, declaró que él hacía, aquí y ahora. Esto es lo que propongo llamar *pasión de lo real*.” (52). Aún cuando Badiou hace hincapié en los sucesos transcurridos en Europa, es posible identificar algunos procesos similares en nuestro contexto.

Mirando aisladamente el caso colombiano valdría la pena nombrar, entre otros muchos sucesos violentos que marcaron al país en el siglo pasado, el Bogotazo, generado por el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán. Este acontecimiento impulsó la denominada época de la Violencia y la creación de grupos armados al margen de la ley. (Oquist, 1978, 328) Si una de las formas de pensar el siglo XX es a través del recuento de muertos que en él hubo en circunstancias violentas (13), cabría anotar algunas de esas cifras en el contexto colombiano: entre 1946 y 1966 se cuentan al menos 193.000 muertes violentas en el país, lo que equivalía al 1.56% de la población. Sólo entre 1948 y 1950, se estima que el número de muertos fue alrededor de 112.000. (Oquist 1978, 321). Si estas cifras son relevantes, es porque son un indicador de la ola de violencia incontrolable que se desató durante esos años en el país, causada fundamentalmente por la rivalidad entre los partidos políticos Liberal y Conservador: “El Estado colombiano perdió su eficacia durante La Violencia, al punto de que se puede hablar de un derrumbe parcial del mismo.” (Oquist 1978, 324). La falta de control por parte del Estado llevó a la sociedad civil a buscar por su cuenta la seguridad que este no podía garantizarle, a través de la creación de grupos armados al margen de la ley que hoy, más de 60 años después, continúan vigentes.

Según Badiou, no basta con la memoria para que un suceso no se repita; es necesario el pensamiento puesto que “lo que no se piensa insiste.” (13). En Colombia no parece bastar con conocer la historia del conflicto, es decir, estar al tanto de los acontecimientos que llevaron al levantamiento de las armas, para decidir acabar con este; un conflicto armado que lleva más de 60 años, un conflicto que la mayoría de sus activistas actuales recibieron como una mala herencia, que los convirtió en el relevo generacional de aquellos que lo inauguraron. “No importa que los hijos sean buenos, inocentes y piadosos: si sus padres han pecado deben ser castigados.” (Pasolini 1997, 11). Somos entonces los hijos castigados por los pecados de los padres y la única forma de redención

que parece posible, es pensar sobre aquello que ocurrió que nos hizo merecedores del castigo. No bastaría, por supuesto, con suponer que los grupos armados al margen de la ley deberían dejar las armas y doblegarse ante el Estado, si se tiene en cuenta que este sigue siendo incapaz de ofrecer garantías. Tampoco sería suficiente culpar al Estado teniendo en cuenta que pertenecemos a una sociedad democrática, en la que la sociedad civil es quien mantiene al mismo. Es necesaria una reflexión más profunda si se aspira a un cambio real, sin embargo, para que tal reflexión se dé, lo primero que resulta indispensable es conocer la historia.

De la destrucción a la creación

Según el análisis de Badiou, el siglo XX creía necesario destruir para crear a partir de las ruinas dejadas por el proceso destructivo, y lo que se esperaba crear de allí era un *hombre nuevo* basado en el concepto de emulación y desprecio: el hombre nuevo debía ostentar ciertas cualidades que cumplieran con los intereses de determinado partido, y distanciarse de aquello que lo hacía vil y despreciable. Según Pasolini, (idea que tomó de la tragedia griega), es más probable que de esa destrucción en lugar de un *hombre nuevo* lo que se genere sea un castigo, pues todos los descendientes de un padre criminal son condenados como sucede con Edipo. Por otra parte la búsqueda del hombre nuevo también podría entenderse como un favorecimiento hacia la unidad, hacia la creación de un hombre unívoco y es probable que por eso mismo, “ya nadie se preocupa por crear políticamente un hombre nuevo.” (21). Tal parece que así como el siglo XX dejó de creer en las promesas del siglo XIX, el naciente siglo XXI también dejó de creer en la promesa de su siglo precedente: la creación del hombre nuevo, y que tal promesa se convirtió en castigo. Pero si la esperanza en la creación del hombre nuevo se ha perdido, la necesidad de destrucción también debería haber caducado puesto que se destruye con el fin de crear.

En vista de las actuales circunstancias en Colombia en las que la destrucción sigue vigente, es posible suponer que la esperanza del hombre nuevo no ha muerto del todo, pero habría que preguntarse entonces qué es lo que esperamos ahora de este. Para

nosotros parece como si el siglo XX, el siglo de la guerra, no hubiera terminado aún, y que el rastro de desesperanza que persigue al horror aún estuviera presente. Es sin embargo necesario nombrar que el arte ha sido también un rastro del horror teniendo en cuenta que diversos artistas han basado su obra en el conflicto, y es entonces cuando podría suponerse que si el esperado hombre nuevo ha empezado a nacer, es posible reconocer sus huellas en el artista.

Así es que si no aceptamos la idea de Badiou de que el siglo actual ya no busca la creación de un hombre nuevo, esto teniendo en cuenta que sigue vigente el inconformismo y que se cree que lo que existe está mal, y suponemos en cambio que sí lo busca pero bajo parámetros diferentes, entonces tendríamos que darnos a la tarea de identificar qué es aquello a lo que aspiramos ahora: En qué consiste la nueva concepción de hombre nuevo. Aunque no es posible afirmarlo en este momento, el siglo XXI parece un siglo donde prima la incertidumbre. Ya no se cree que exista una única solución posible y se duda incluso de que exista alguna. Es esta una época que tiende al retorno hacia los paradigmas cartesianos del siglo XVII donde se aseguraba que el mundo se podía conocer y controlar a través de la razón y el estudio científico, y donde los esfuerzos técnicos eran sobreestimados. Pero el hecho de controlar al mundo y tener desarrollos tecnológicos al alcance indicaba en el siglo XIX la promesa de un mundo feliz, igualitario, en donde el capitalismo generaría prosperidad para todos, y es en esta parte donde el pensamiento del siglo XXI difiere, pues ya no se cree en la igualdad para todos y menos a causa del capitalismo sino que por el contrario, se sabe que la brecha socioeconómica es cada vez mayor. La pasión por lo real parece haberse convertido en la pasión por lo mediático. Es esta una época donde la estrategia comercial consumista en la que la sociedad civil es inducida a cambiar constantemente de opinión, podría haber tenido influencia también en las convicciones políticas: el sujeto social pertenece ahora a una sociedad superflua que lo empuja al cambio constante. Consumimos ideas en la misma medida en que consumimos productos. La idea por la que nos dejamos llevar no es la mejor, sino la que más se publicite. Si lo que prima en el siglo actual es la dinámica de las cosas, la variedad, el hombre nuevo al que aspiramos ya no podría ser un hombre único e inamovible.

En este punto resulta pertinente citar la ponencia de Julio Cortázar presentada para el Congreso Cultural de la Habana, en enero de 1968 en Cuba; ponencia que debía tratar sobre el creador y la formación del público. Cortázar expone al creador como aquel que debe lanzar piedras a un estanque en cuanto ve que el agua se ha quedado quieta.

El creador sólo puede ser aquel que se defina como el denunciador consciente e involuntario, enemigo natural de todo falso orden, de toda de-formación del público. El creador es un continuo toque de alarma. [...] el verdadero creador es aquel que arroja una piedra al agua apenas siente que la superficie se estanca. [...] alguien capaz de *responder por sí mismo* a los estímulos culturales que le ofrecen los otros creadores a través de su obra y llegar así a convertirse en el hombre nuevo...

Este hombre nuevo al que hace referencia Cortázar parece ser una evolución del hombre nuevo soñado en el siglo pasado, aún cuando se trata de un escrito de finales de los años 60'. La referencia que se hace del *creador* como posibilidad de *hombre nuevo* es directa. Al hablar de “*responder por sí mismo* a los estímulos culturales que le ofrecen los otros creadores” nos deja claro que el hombre nuevo no se refiere a un personaje impenetrable, autónomo y único, sino que por el contrario, es un ser dinámico y social con capacidad de responder a los estímulos y con capacidad de ser estimulante.

Aún cuando para Cortázar el creador puede definirse como un *denunciador* mientras que para Badiou resulta insuficiente la denuncia como lugar del arte, este último autor permite ver un contrapunto interesante en *El siglo*, pues en este libro hace referencia a un poema escrito por el poeta ruso Osip Mandelstam en los años 30' sobre Stalin; un poema que por supuesto no agrada a Stalin, pero lo que llama la atención del caso es que Badiou nos cuenta que Stalin, antes de tomar una decisión frente al poeta, averigua si este es realmente un gran poeta ruso, y al entender que en efecto lo es, suspende su ejecución.

Pero, ¿por qué no acabar inmediatamente, como era costumbre, con la vida de alguien que se mostraba en contra de su régimen? Podría suponerse que ese aplazamiento es simplemente una estrategia política al ser Mandelstam una figura reconocida, pero el hecho de que sólo por ser un intelectual se respetara su vida, indica también el gran valor e influencia que tenían estos, y que acabar con su vida, como algunos años más tarde lo hizo, implicaba también una contradicción en cuanto la actividad intelectual de la época era valorada. Aquí una vez más entrevemos la posibilidad de que el hombre nuevo pudiera ser encontrado en los artistas y entonces surge la hipótesis de que la búsqueda del hombre nuevo siempre ha existido aunque no siempre se haya reconocido. Si bien es claro que los artistas han tomado un papel importante en diferentes movimientos políticos, queda la duda de si ellos han sido utilizados sólo como un medio para conseguir otra cosa, o si han sido considerados un fin como tal: una posibilidad de hombre nuevo.

El caso colombiano

De lo horrible, del horror, han nacido en Colombia destacables obras de arte y literatura, entre las que es posible nombrar *Cien años de soledad* de García Márquez y *La casa grande* de Cepeda Samudio. Estas dos obras hacen referencia directa a la masacre de las bananeras ocurrida en el Magdalena en 1928, y son obras valiosas no sólo por su carácter literario sino histórico. Obras como la de la pintora Débora Arango y la del pintor Alejandro Obregón, en las que también se exhibe el conflicto armado que ha vivido el país o trabajos como en de Juan Manuel Echavarría que se involucra directamente con ex combatientes de grupos armados, tanto paramilitares o guerrilleros como del Ejército Nacional. Se citan estas obras por nombrar sólo algunas entre una larga lista de posibilidades, considerando que es este el tipo de arte que sirve para reflexionar: el que constantemente nos recuerda lo que no debemos olvidar, pues la memoria es la estructura del pensamiento, y el pensamiento, según Badiou, es lo único que puede evitar que los hechos se repitan.

Así también, en la poética colombiana es posible reconocer formas de pensamiento

propias del siglo pasado en el país. Para reflexionar sobre esta posibilidad, cito acá el poema *Si mañana despierto* de Jorge Gaitán Durán escrito en 1962. El mismo título es un condicional que demuestra incertidumbre, un no saber qué va a pasar, pues cualquier cosa parece posible.

De súbito respira uno mejor y el aire de la primavera
llega al fondo. Mas sólo ha sido un plazo
que el sufrimiento concede para que digamos la palabra.
He ganado un día, he tenido el tiempo
en mi boca como un vino.

Suelo buscarme
en la ciudad que pasa como un barco de locos por la noche.
Sólo encuentro un rostro: hombre viejo y sin dientes
a quien la dinastía, el poder, la riqueza, el genio,
todo le han dado al cabo, salvo la muerte.

Es un enemigo más temible que Dios,
el sueño que puedo ser si mañana despierto
y sé que vivo.

Mas de súbito el alba
me cae entre las manos como una naranja roja.

En la primera estrofa entendemos la existencia de una esperanza momentánea que pronto desaparece. Aún así, cuando el poeta aclara que ha sido un plazo que el sufrimiento concede, nos da a entender que el sufrimiento no es una constante; se podría decir que se entrevé aquí una posibilidad de felicidad. Se describe el tiempo como algo efímero que pasa rápidamente por nosotros, casi sin que nos demos cuenta pero es también esperanzador, pues se ha ganado un día de vida feliz y se dispone de él como de un vino en la boca. Más adelante aparece una pregunta por la identidad en medio del caos “Suelo buscarme en la ciudad que pasa como un barco de locos por la noche“ y una referencia al

mundo capitalista que nos consume y nos aprisiona pues “todo le han dado al cabo, salvo la muerte.” En la tercera estrofa hay una promesa de un futuro mejor desafiante incluso de Dios y aparece la posibilidad de cumplir los sueños, pero hacia el final del poema el poeta parece desesperanzado, pues se muestra el día como el sueño de un mejor futuro si la vida continúa, y la noche que empieza a caer como el despertar de ese sueño: la naranja roja parece caer en manos en manos del poeta como un golpe de realidad. El poeta nos da la esperanza de un futuro soñado, pero nos advierte que el tiempo es corto y el caos es mucho. Vemos entonces como se desarrolla en todo el poema la idea de incertidumbre que ya el poeta dejaba entre ver en el título mismo, y que no es una idea alejada de la realidad propia del país, sino que por el contrario parece exponer una sensación colectiva.

Pero el arte, según el pensamiento de Badiou, es también una promesa de alegría en cuanto tienen el papel de unir. Sin embargo Badiou aclara: “No se trata de una unidad masiva sino de una fraternidad íntima, una mano que se une a otra...” (37). De lograr su cometido de unir, el arte además de darnos alegría, nos liberará del encierro y de la traición. Tres principios importantes que el posible hombre nuevo debería ostentar, además de un sentido revolucionario sabiendo que “Una revolución que no salve la alegría por debajo o por encima de todos sus valores esenciales, está destinada al fracaso, a la lenta parodia de lo que no llegó a ser.” (Cortázar). Así es que en cuanto el arte tiene un principio de alegría, tiene también un principio de revolución.

Arte con principios de revolución

Se insiste acá que no se propone ver única y completamente al hombre nuevo en el artista; sólo de reconocer en él algunos indicios en cuanto es quién lanza la piedra al estanque para generar movimiento. El artista entonces tiene el deber de buscar piedras en el río, en el caos, en el movimiento incontrolable y luego transformarlas para lanzarlas al estanque. Es desde ahí desde el artista debe trabajar: desde la idea de reconocer lo que se ha quedado estancado para poder generar un movimiento. Desde la idea de la denuncia y de la acción conjuntas.

Obras consultadas

Badiou, Alain. 2011. *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.

Pasolini, Pier Paolo. 1997. *Cartas Luteranas*. Madrid: Trotta.

Oquist, Paul. 1978. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.

Gaitán Durán, Jorge. 1983. *Si mañana despierto*. Bogotá: Colcultura.

Cortázar, Julio. 2009. *Papeles inesperados*. Bogotá: Alfaguara.